

**CUARTO DOMINGO DE PASCUA 2018**  
**DOMINGO DEL BUEN PASTOR**

Ha dicho Jesús: “Yo soy el buen Pastor. Y el buen Pastor da la vida por sus ovejas”. Una de las figuras preferidas en la Escritura y que mejor describe el cuidado de Dios por los seres humanos es la del Pastor. Para darnos a conocer muchos de sus rasgos, Jesús nos ha dicho en otros pasajes que Él es la luz del mundo, quien lo sigue no camina en tinieblas sino que tiene la luz de la vida; nos ha dicho que Él es el pan vivo bajado del cielo, el que come de este pan vivirá para siempre; nos ha dicho que Él es la vida verdadera y que para poder dar fruto tenemos que estar unidos a Él; nos ha dicho que Él es la resurrección y la vida, el que cree en Él aunque haya muerto vivirá; en fin, que Él es el camino, la verdad y la vida y que nadie va al Padre sino por Él. En el evangelio de este cuarto domingo de Pascua, Jesús se presenta como el buen Pastor. No es un buen pastor, sino el buen Pastor. Un pastor que está dispuesto a exponer su vida por las ovejas.

En esta descripción, la misión del pastor se contrapone a la del asalariado. No es que el asalariado obre de mala fe, sino que lo hace motivado sólo por el justo salario que le permitirá vivir. Jesús ha querido participar su pastoreo a muchos a lo largo de la historia de la Iglesia y lo ideal es que quien participe de su pastoreo esté siempre dispuesto a reflejar los rasgos del Buen Pastor. También se encuentran personas que pretenden ejercer la función de pastor. Muchos ven o buscan sólo el aspecto del reconocimiento, ser admirados, la fama. Pero Jesús nos enseña que el verdadero pastor es el que como Él, está dispuesto a dar la vida por el rebaño.

La invitación para reconocer a Cristo como el buen pastor nos lanza inmediatamente a buscar los valores sobrenaturales y a apreciar en su verdadera dimensión las cosas de la tierra, y a no dejar que éstas se conviertan en fuente de conflicto, de lucha, de guerra. Jesús como buen Pastor reúne las convicciones del autor del salmo 23: “el Señor es mi pastor, nada me falta y en verdes praderas me hace recostar, me conduce a hacia fuentes tranquilas y repara mis fuerzas”. Eso sucede cuando de verdad reconocemos en Cristo el auténtico pastor: nos dejamos conducir por Él y él a su vez nos conduce a fuentes tranquilas y repara nuestras fuerzas.

Esta tierra del Catatumbo de gente buena, esta provincia repleta de recursos humanos, de recursos naturales incalculables, de paisajes hermosos ha tenido que vivir en muchos sectores sometida a la violencia, a las luchas fratricidas. Tal vez precisamente porque algunos que quizá un día recibieron el bautismo, nacieron en el seno de familias cristianas, no se han dejado finalmente guiar por Jesucristo, el Buen pastor.

Por estos días estamos experimentando el dolor, la tristeza, la confusión. Muchos hermanos están sufriendo el desplazamiento, el confinamiento, el secuestro en su propia casa. Hemos sido noticia por el drama que vive la provincia de Ocaña, especialmente en la zona del Catatumbo. No podemos ser indiferentes y pensar que eso a mí no me toca. Este tiempo pascual, esta celebración del domingo del Buen Pastor, deben ser una oportunidad para reflexionar y hacer propósitos que nos lleven a aportar a la implantación de la paz duradera, esa que el Señor resucitado ofreció a sus discípulos, esa que el Señor nos sigue ofreciendo y que tal vez somos remisos para recibirla.

Permítanme que haga nuevamente eco de las palabras en la celebración que hemos tenido en días pasados en la Tarra, en el SOS lanzado por la paz para el Catatumbo: Nos duele, nos intimida, nos mortifica esta página nueva de guerra y de dolor. Porque es grave lo que está pasando, porque está comprometida la vida y la tranquilidad de muchas familias que en el fondo de su corazón nunca han validado ninguna guerra.

Nos duelen tantos hermanos que por estos días están sumidos en la incertidumbre, el miedo, el hambre, la escasez, el desplazamiento. Nos duelen los ancianos que después de tantas luchas y esfuerzos inclinan su cabeza para preguntarse esto por qué. Tantos jóvenes que ven frustradas sus aspiraciones de tomar en sus manos el futuro desde otra perspectiva diferente de aquella a la que los quieren obligar.

Al tratar de encontrar respuesta a nuestros interrogantes, seguramente sabemos qué han hecho o qué han dejado de hacer los otros: el Estado, los dirigentes, los gobiernos nacionales y locales, nosotros, miembros de la Iglesia, los líderes comunales, para que nuestro territorio siga sumido en la violencia, en las tensiones, en el miedo. Y seguramente nuestras respuestas y análisis son acertados, pero otra cosa son nuestras responsabilidades, nuestras omisiones y acciones desacertadas.

Pensemos y preguntémonos ¿Por qué hoy es tan importante este territorio? ¿Qué hay aquí? ¿Qué tiene esta tierra que interesa tanto? ¿De qué proveemos a quienes se aferran tanto al Catatumbo y están dispuestos a todo por este territorio? ¿De qué tenemos sembrados nuestros campos? ¿A quién convocamos con las actividades que emprendemos, en tantas oportunidades justificadas? ¿Está valiendo la pena? Este escenario construido por todos: ¿Merece más hombres y mujeres, jóvenes y adultos, para el sacrificio? ¿Merece los duelos y lutos de más familias hoy, pero sobre todo las generaciones del mañana? Es que muchos niños y adolescentes por estos días no han vuelto a la escuela y se le priva de la oportunidad de educarse; muchos de esos niños están hoy en albergues, en centros de refugio, sin saber por qué y para qué están ahí. Ésta es una oportunidad para pensar y para pensar seriamente.

Y justo por esto, por el derecho a la paz, nos preguntamos ¿quiénes se merecen esta esta región del Catatumbo? y solo encuentro una respuesta: los que la han trabajado

con descomunal sacrificio, los que la han sufrido, los que han perdido sus seres queridos en los distintos momentos de estas guerras, los que la han ayudado a transformar para bien, los que la quieren como su tierra bendita para quedarse en ella. Esta tierra debe ser para los ocañeros y catatumberos buenos, trabajadores; esta tierra debe ser para el bien, y para gente en el bien. Y, también, porque no, para aquellos que venidos de otros lugares se sumen para construir con respeto un territorio incluyente y digno, honesto y respetuoso del otro.

En este domingo del buen Pastor, Jesús nos dice a todos, vengan a mí los que están cansados y agobiados y yo los aliviaré. Aprendan de mí que soy manso y humilde de corazón y encontrarán su descanso. Y esto nos lo dice a todos. A los aquí reunidos, a los que están confinados en sus casas, a los que nos escuchan por la Radio, a quienes están en la lucha armada. Estamos cansados y agobiados a causa del miedo, de la amenaza, de la violencia en todas sus formas y nos hace mucho bien aceptar la invitación de Cristo a acogernos a Él, a reconocerlo como el Buen Pastor que cuida con amor de cada uno. De acudir a Él que es manso y humilde de corazón.

Tantos de los que se han levantado para clamar justicia, para reivindicar los derechos de los pobres, de los campesinos, no pueden contradecirse en su discurso. Nuestros pueblos son de gente pobre, sencilla, trabajadora. En el nombre del Señor Jesús, Buen Pastor, les pedimos a los que persisten en la lucha armada, en la violencia, que sean coherentes en su modo de obrar. Que den garantías a quienes precisamente deben ser defendidos y protegidos: los más desfavorecidos, los campesinos, los pobres, la gente sencilla de nuestros pueblos. Clamamos porque nuestros hermanos desplazados puedan regresar a sus casas, que puedan salir a comercializar los frutos de sus cosechas, que los niños y jóvenes regresen a sus escuelas y colegios, que los comerciantes puedan abrir sus establecimientos para entregar los servicios con el fin de satisfacer sus necesidades básicas. Que los enfermos puedan ser atendidos en los centros de Salud. Que todos puedan recibir la atención pastoral y espiritual.

Cada vez que proclamamos que Jesús es nuestro pastor reconocemos, como lo proclama la Primera carta de san Juan, el amor inmenso que nos tiene el Padre que nos llama y nos hace hijos suyos. Esta convicción de que somos hijos de Dios es la que nos anima a vivir en alegría a pesar de las incomprensiones y persecuciones de quienes prefieren vivir en el egoísmo y rechazar la obra de Dios. La Palabra de Dios en este domingo nos invita pues a confiar en Jesús, el Buen Pastor, rechazado por el mundo, pero glorificado por el Padre. Por eso debemos dar gracias al Señor, porque es bueno, porque es eterna su misericordia.

Finalmente invocamos la intercesión de María, nuestra madre, en la original advocación de Nuestra Señora de las Gracias de Torcoroma. Ella nos lleve a reconocer en su Hijo al Buen Pastor para ser conducidos por Él a las fuentes tranquilas del amor, de la paz, la reconciliación. Amén